

Las religiones indígenas y la fe en Jesucristo

Fr. ADOLFO DE VILLAMAÑAN *

El problema de la evangelización de todas las religiones indígenas es hoy de suma actualidad. Los avances de la verdadera ciencia antropológica y el estudio científico de las religiones han hecho descubrir en ellas innumerables valores, que hay que respetar como verdadera ciencia antropológica y el estudio científico de las religiones han hecho descubrir en ellas innumerables valores, que hay que respetar como verdadera creación de Dios. La *Evangelii nuntiandi* lo reconoce expresamente: "La Iglesia respeta y estima estas religiones no cristianas, por ser la expresión viviente del alma de vastos grupos humanos. Llevan en sí misma el eco de milenios de búsqueda de Dios; búsqueda incompleta, pero hecha con sinceridad y rectitud de corazón. Poseen un impresionante patrimonio de textos profundamente religiosos. Han enseñado a generaciones de personas a orar. Todas están llenas de innumerables "semillas del Verbo" y constituyen una auténtica "preparación evangélica", por citar una feliz expresión del Concilio Vaticano II, tomada de Eusebio de Cesarea". (53) Se abren con estos estudios nuevos horizontes, que han de tenerse muy en cuenta para una pastoral indígena más consciente de sus obligaciones, según los designios de Dios.

CONSIDERACIONES GENERALES

Es un principio científico de la antropología que toda cultura es dinámica y por consiguiente lo es también su religión. Las culturas y las religiones estáticas o están ya muertas o van inevitablemente camino de su destrucción.

Todo antropológico y todo teólogo, que se empeñe en mantener estáticas las culturas y las religiones, como si fuesen objetos de museo para su estudio y admiración son los mayores enemigos de las culturas y de las religiones, a pesar de sus frecuentes y estridentes gritos, que claman por su conservación.

La religión es un elemento esencial de toda cultura. Destruir una religión lleva inevitablemente la destrucción de una cultura; pero toda cultura y toda religión crecen y se desarrollan con la adquisición

de nuevos valores y con ideas más claras y técnicas más valiosas, así como se desintegran por la incorporación de ideas erróneas y técnicas desajustadas, que destruyen los principios integradores, fuentes de armonía y de paz en las comunidades culturales.

Todas las religiones buscan, en principio, la explicación de los misterios de la vida y el bienestar de sus miembros. Ningún pueblo puede vivir sin religión sin convertirse en una masa materialista e irracional, privada de los más exquisitos valores, que derivan de su espíritu, al que, por otra parte, es imposible destruir, mientras el hombre sea hombre y no se convierta en una bestia. Todo pueblo busca una explicación válida para su existencia con aplicaciones concretas, que regulen tanto su existencia material, como espiritual.

Entendemos por religión todo el conjunto de ideas trascendentales, que se expresan en símbolos o mitos, en narraciones, que oficialmente transmiten personas determinadas en ocasiones o lugares especiales, acompañadas de cánticos, ritos o ceremonias y revestidos, casi siempre, con vestiduras apropiadas.

Entendemos por creencias el conjunto de ideas, que se sospechan verdaderas, pero que no dan absoluta seguridad por superar toda comprobación y no estar avaladas por una autoridad del todo fiable sin posibilidad de engaño.

En cambio fe es la seguridad o certeza en una verdad no evidente en sí misma, pero basada en la autoridad comprobada de quien la afirma.

En todas las religiones existe una fe religiosa, acompañada de muchas creencias. La creación entera y la existencia de hombres sinceros, de conducta intachable, verdaderos profetas, dotados de una visión sobrenatural, suscitan una verdadera fe en sus seguidores, y ciertas experiencias religiosas de quienes viven profundamente su fe, van acumulando creencias, que se reciben y se transmiten a los demás, como puntos de apoyo, que pueden beneficiar a toda la humanidad. Son como luces, que van iluminando a los hombres en medio de su oscuridad existencial en su insaciable búsqueda del Absoluto, donde poder reposar. Este fenómeno religioso, que envuelve y estimula a todo hombre, está hoy suficientemente demostrado por el estudio científ-

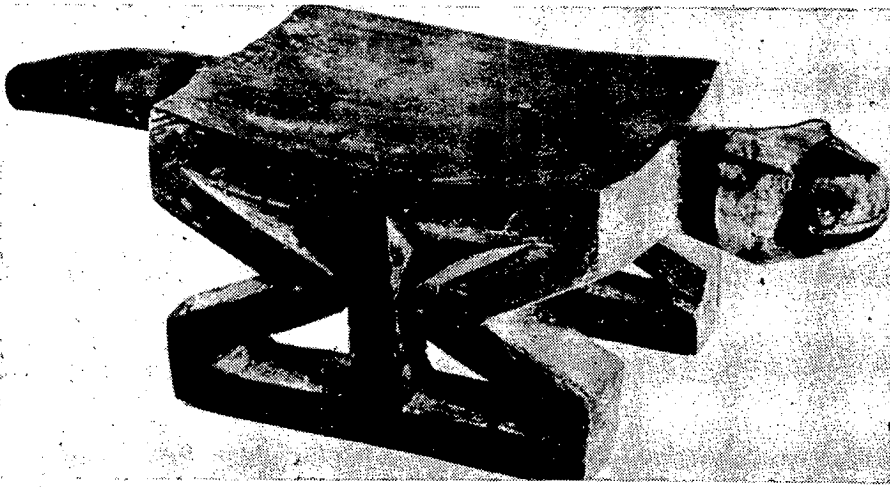
fico de todas las religiones. Existe en todas ellas como un denominador común; pero también está demostrado que no todas ellas han alcanzado un nivel de suficiente desarrollo, que llegue a explicitar esta búsqueda con la suficiente madurez; pero las leyes que regulan esta búsqueda, son verdaderamente universales.

LA FE EN JESUCRISTO

Entre todos los textos religiosos, que constituyen un tesoro de toda la humanidad, existe un libro, que los supera a todos, es la BIBLIA. Esta no es una afirmación gratuita. Es un hecho, que todo hombre sin prejuicios puede comprobar. Ciertamente que es una tarea difícil, pero que muchos han podido realizar. Lo cierto es que todo hombre tiene derecho a conocer este tesoro de la humanidad; pero el estudio de la BIBLIA, como cualquier otro libro, especialmente si es antiguo y escrito en una cultura ajena a la del lector, crea problemas muy graves de interpretación, por eso es un absurdo y una estupidez infantil pensar que sólo con repartir Biblias ya se ha hecho todo, para beneficiar a una persona y llevarla al conocimiento adecuado de la verdad. Es más, la historia demuestra que la BIBLIA, así entregada sin más, ha sido la ocasión de los más absurdos errores, que han crecido en la fantasía descontrolada de muchos de sus lectores. La BIBLIA es un tesoro, que hay que estudiar, guiados por la ciencia, la inteligencia y el respeto.

La Biblia con toda la historia religioso-cultural, en la cual Dios ha ido progresivamente revelándose, tiene una sola finalidad: llevarnos al conocimiento de una personalidad única en la humanidad: JESUS DE NAZARET, aparecido como cualquier hombre, rodeado de una cultura, practicando una religión, en una época y en un tiempo histórico bien determinado, pero con un Mensaje supra-cultural y suprarreligioso, destinado a todos los hombres sin distinción de razas, lenguas, culturas y religiones. Jesús de Nazaret no fue el fundador de una religión concreta, ni siquiera un Profeta más en la historia de las religiones, sino el Hombre por excelencia, que se atrevió a decir sin presunción: YO SOY LA LUZ del mundo. No he venido a destruir nada de lo antiguo, sino a completarlo. MI

* Misionero Capuchino, Antropólogo y Misionólogo. Desde 1955 ha trabajado entre los indígenas Yukpa, Barí y Pemones.



PADRE me ha enviado para que todos tengan vida en abundancia. Llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en **ESPIRITU** y en **VERDAD**, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu y los que le adoran deben adorar en **ESPIRITU** y **VERDAD**.

Este Mensaje universal de Jesús es para todas las culturas y para todas las religiones y sólo aquellas, que lo acepten y se desarrollen a su luz, serán culturas y religiones verdaderamente cristianas, sin perder su identidad. Es más, tienen el deber de conservarla para gloria de Dios y provecho de toda la humanidad.

Jesús de Nazaret, el Hombre por excelencia, debe ser conocido por todos sus hermanos, tienen derecho a conocerlo todos los hombres y todos los que lo conocemos estamos en el deber de llevar la noticia de su existencia dondequiera que exista un ser de nuestra familia. El es también más que un hombre, como lo testifican los que lo vieron, lo palparon, lo oyeron y fueron sus discípulos y testigos excepcionales de su vida, su predicción, su muerte y su resurrección.

Jesús Resucitado no pertenece ya a ninguna cultura determinada, con exclusión de las demás, a ninguna religión, a ningún pueblo especial; es de todos y para todos. Llega a todos y se encarna en todas las culturas y religiones para hacerlas más espirituales, más humanas y más verdaderas, con el fin de que vayan todas creciendo hasta su plenitud. Como Verbo de Dios, ha iluminado siempre a todo hombre, está sembrado en todas las culturas y apareció en el mundo para ser la luz de todas las religiones. El es el esperado de todos los pueblos de la tierra.

¡Cuánta ignorancia inexcusable sobre el hecho fundamental del cristianismo airean algunos antropólogos, cuando vociferan que hay que negar a los mi-

sioneros el derecho de evangelizar, declarando en entredicho el nombre de Jesucristo, por cuanto esto significa destruir las culturas y las religiones indígenas! ¿Quiénes así se expresan merecen continuar ostentando el nombre de antropólogos? ¿No merecen más bien el nombre de culturólatras y, por consiguiente, de culturicidas?

Sin embargo también los misioneros tenemos algo que aprender.

APLICACIONES PRACTICAS

A) Lo que el misionero no debe hacer

1. Tomar la **BIBLIA** en su totalidad sin discernir lo que tiene de mensaje universal y lo que es tan solo su ropaje literario, cultural, histórico y transitorio. Jesús mismo advirtió que el hombre no debe ser un esclavo de la Ley; el Evangelio del amor supera toda ley, Es más, el amor es la suprema ley. La misma vida de Jesús es la mejor interpretación de toda ley. El Evangelio trasciende toda cultura y toda ley. La equivocación de los judío-cristianos, que querían exportar su fe en Jesucristo, encarnada en su religión judaica, obligando a los nuevos cristianos, entre los griegos y los romanos a cargar con el peso de la cultura judaica y que suscitó las iras de San Pablo, nunca ha estado ausente de la Iglesia en su totalidad. Muchas sectas protestantes parecen no entenderlo todavía, ocasionando numerosos problemas a los indígenas y a sus religiones, exigiendo una transformación cultural, para poder hacerse verdaderos cristianos.

2. Trasladar sin más los ritos romanos, españoles o criollos como si fueran algo connatural al Evangelio, tan solo porque los misioneros han expresado su fe cristiana envuelta en estos ritos culturales, aunque recojan la tradición de muchos siglos, es un error similar al de los judaizantes. Una cosa es la fe en la

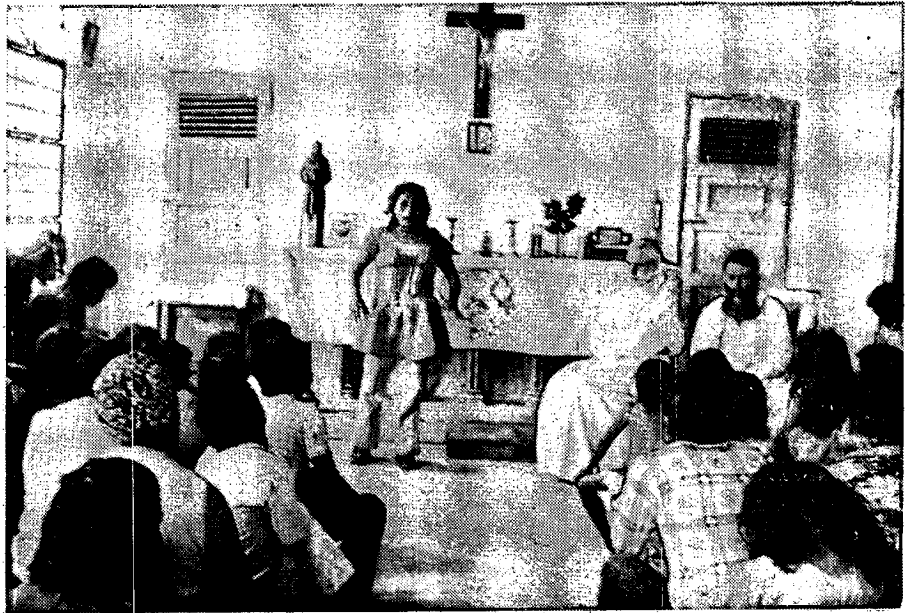
Persona de Jesucristo y otra muy distinta la religión en que se expresa, aunque las dos están destinadas a fundirse. Las religiones cristianas pueden ser muy variadas, permaneciendo una misma la fe. Cada pueblo y cada cultura tienen el derecho de expresar la religión a su modo, según sus rasgos culturales y sus más venerables tradiciones, purificadas y desarrolladas a la luz de la razón y de su fe. Esto hay que aplicarlo a los lugares sagrados, imágenes, símbolos, vestiduras, ceremonias, bailes sagrados y cánticos, acompañados de otras expresiones de piedad popular. En esto se ha pecado bastante. El Concilio Vaticano II está obligando a rectificar y lo mismo numerosos Documentos del Magisterio Pastoral de la Iglesia. Ni las Conferencias Episcopales; ni los obispos, ni los mismos misioneros deben mantenerse como pollitos con el pico abierto, esperando de Roma las transformaciones necesarias en normas concretas, que Roma no puede establecer, y deben brotar de la creatividad de las iglesias particulares, según las diversas culturas en que se encarna el Evangelio de Cristo. Es mucha la tarea que queda por hacer y es además una tarea urgente y necesaria, que compete a todos los cristianos, organizados en verdaderas comunidades de fe, bajo la amorosa vigilancia de sus Pastores.

3. El misionero no puede ya ignorar, ni menos despreciar las religiones indígenas, como se ha venido haciendo con frecuencia, so pena de hacer verdaderas las reclamaciones de los antropólogos y quebrantar los nuevos mandamientos de la Iglesia. La ignorancia invencible en tiempos pasados podía servir de excusa. Hoy la luz de la razón y los impulsos del Espíritu Santo nos obliga a comprender mejor el Evangelio y a rectificar muchas normas pastorales sobre la evangelización de las culturas. Un estudio serio y profundo de las religiones indígenas a las que se acerca el misionero y de todos los elementos culturales de los pueblos, en que vive, es su primer deber, si quiere servir de instrumento de edificación y no de destrucción, al predicar el Evangelio. Jesucristo se anonadó a sí mismo para hacerse hombre y el misionero no tiene otro camino para realizar una fructífera labor verdaderamente evangelizadora. Esto es muy difícil, pero es necesario. Hacerse todo para todos en actitud de servicio era el ideal del Apóstol San Pablo y ha sido siempre el de los verdaderos misioneros. Siempre tendremos que contar con errores y equivocaciones, pero el ideal es bien claro y permanente. El misionero, en cuanto tal, no debe ser un exporta-

dor de su cultura ni de su religión cristiana, sino el enviado de Jesucristo para dar a conocer a los pueblos su Evangelio de amor y de servicio, tal como el mismo Jesucristo lo vivió y lo predicó, asimilándose a la cultura y a la religión de su pueblo como un verdadero Siervo de Dios y de los hombres.

B. Lo que el misionero debe hacer

1. De lo expuesto anteriormente se deducen ya las normas positivas que deben regular toda la actividad misionera. Tan solo vamos a resaltar algunas. En primer lugar el misionero debe mantenerse en formación permanente, actualizando sus ideas teológicas, con el estudio de los teólogos, que van abriendo camino, advirtiendo también sus tropiezos y equivocaciones, cuando el magisterio pastoral de la Iglesia haga sus llamadas de atención. El misionero debe ser también un pionero de avanzada, aunque, como tal, esté expuesto a equivocaciones; pero siempre dispuesto a rectificar el camino. Es el que tiene que abrir nuevos caminos y nunca puede ser un pastor de retaguardia. Este es el nuevo mandamiento de la Iglesia para él: "Esta formación general debe completarse en la región, a la que sean enviados, de tal manera que los misioneros conozcan más ampliamente la historia, las estructuras sociales y las costumbres de los pueblos, y se enteren bien del orden moral y de los preceptos religiosos, así como de la mentalidad íntima, que dichos pueblos han ido formándose, de acuerdo a sus tradiciones sagradas, acerca de Dios, del mundo y del hombre. Aprendan las lenguas hasta el punto de poderlas usar con soltura y elegancia, y encontrar con ello una más fácil penetración en las mentes y en los corazones



de los hombres." (AG 26) De la iluminación de estos conocimientos por la luz del Evangelio podrá deducir la teología apropiada, que debe guiar sus pasos en la evangelización de las culturas y de las religiones indígenas en orden a su desarrollo y no a su destrucción.

2. Además de la teología actual de avanzada, el misionero debe poseer también conocimientos suficientes de antropología religiosa. El mismo sobre el terreno deberá realizar estudios monográficos sobre la cosmovisión y las ideas religiosas del grupo, en que vive y al que trata de evangelizar, asumiendo todos sus valores con el fin de alimentarlos y desarrollarlos hasta su plenitud. El misionero debe saber que el Creador de las culturas humanas y el Salvador y Santificador de los hombres son un mismo Dios y nunca puede haber oposición entre el Evangelio de Jesucristo y la obra creadora del Padre Dios. La misma veneración que debe tener por el Evangelio debe tenerla por la creación, fruto de la cual, con todas las imperfecciones humanas añadidas, son también las culturas y sus religiones. Jesucristo no ha venido a destruir la obra del Padre, sino a purificarla de las manchas introducidas por el pecado del hombre. Esta debe ser también la actitud del misionero.

3. El misionero nunca debe olvidar su condición de siervo en la predicación del Evangelio: siervo de Jesucristo y siervo también de todos sus hermanos los hombres. Este no debe ser un simple título de camuflaje sino una verdadera realidad que se trasluzca en todas sus acciones, de modo que a simple vista y sin necesidad de explicaciones aparezca ante los demás como el verdadero hermano menor al servicio de todos, tanto con

el Mensaje alegre que les trae, como con la conducta general de su vida. El misionero nunca debe constituirse en jefe de la comunidad indígena; más bien debe fomentar su autonomía. En medio de la comunidad debe ser un hermano más y un verdadero amigo al servicio gratuito de los más necesitados. Las comunidades cristianas deben mantener su autogestión y decidir sobre sus necesidades prioritarias y sobre los ministerios o servicios, que ellas necesitan. El misionero tan solo debe sostener entre ellos la luz del Evangelio, con el fin de acertar con las mejores soluciones, sin tratar de imponerse a los demás con autoridad. El nacimiento de una nueva religión cristiana, que mantenga su identidad cultural dentro del concierto universal de las naciones y asociada a la Iglesia Universal de Jesucristo, debe ser la mayor gloria de todo verdadero misionero.

¡Un solo Dios, un solo Señor, una sola fe, una sola Iglesia encarnada en la pluriformidad de culturas y religiones! Esta es la finalidad del Evangelio, que se va poco a poco realizando y que será la obra de los misioneros de Jesucristo, tanto en el presente siglo, como en los futuros siglos y milenios, según los designios de la Providencia de Dios, que ya se va realizando por la acción creadora del Espíritu Santo. Nuestra época se vislumbra como el inicio de una gloriosa etapa de actividad misionera más conforme con los planes del Creador, revelados en la Persona de su Hijo Único y Predilecto Jesús de Nazaret, el Hermano Mayor y el Hombre también por excelencia entre todos los hombres.

